



# EL VIAJERO.

*Santiago Polo*

Se sentó y vio que enfrente tenía un paisaje marino con un faro a la derecha en lo alto de unas rocas y el mar que se extendía al fondo, más allá de la larga playa de arenas blancas, con aguas azules un poco descoloridas que trazaban surcos de espuma cerca de la orilla. Había barcas varadas en la arena y pescadores que trajinaban junto a las redes tendidas a secar entre postes y también cajas de pescado que parecían dispuestas para ser llevadas a la lonja. El pueblo ofrecía una imagen de estampa típica y acogedora, con sus casas blancas de bajos tejados alrededor de la iglesia que, en comparación, parecía de un tamaño desmesurado, como una mole amenazante o quizás protectora. Era apenas una aldea; desde donde estaba, creía poder calcular el número de casas que lo componían, sin temor a desviarse mucho del número real.

Se parece al sitio aquél donde estuvimos una semana al principio de conocernos, dijo para sí el viajero, y trató de recordar cuánto tiempo hacía de eso, mientras la memoria se le llenaba de aire salino y volvían de uno de sus paseos por la orilla del mar a la caída de la tarde, y hacía frío porque el invierno tardaba en marcharse y llegaban ráfagas de viento desde el agua que les hacían encogerse y estrecharse más fuerte, abrazados. Aún así, todas las tardes desde que llegaron al pueblo -¿cómo se llamaba?, se preguntó el viajero, y recordó que su nombre surgió al azar mientras miraban un mapa porque se habían despistado en un cruce- fueron a caminar a la playa.

Lo que les entusiasmaba, como una confirmación de su propia existencia en el mundo, era la posibilidad de estar solos en aquellas extensiones de arena, solos en la playa inmensa, sin domesticar: sin turistas ni megafonía ni latas de refrescos ni envases de crema hidratante tirados por cualquier sitio. Les entusiasmaba tanto como el descubrimiento de ellos mismos en su creciente y esperanzada afinidad, y les causaba una sensación -no sabría ahora decir si de libertad o puede que incluso de propiedad- sumamente placentera andar y andar sin cansarse, como quien recorre un territorio que considera propio por el solo motivo de que puede abarcarlo con la mirada, sin la interferencia de extraños que se cuelen en la conseguida intimidad.

La tenía ahora ante sus ojos en el momento en que ella se había quitado los zapatos y se mojó los pies en la primera de las excursiones, pero el agua estaba helada y no volvió a intentarlo de nuevo; aunque no por ello dejó de insistir en que al día siguiente, sí, al día siguiente se meterían los dos, desnudos, y se amarían en el mar. Y estaba muy hermosa con el rostro terso por el azote del viento y el cabello desordenado, y con sus ojos entrecerrados que trataban de hacer frente a las ráfagas y sus manos, que tenían como ocupación obsesiva -así la recordaba el viajero- hacer que el pelo volviera a su sitio, tarea del todo imposible, pese a su esfuerzo. Recordó sus piernas desnudas, sin medias, aún pálidas del invierno, y las ganas que ella tenía de que se le tostaran, conjurando al sol, que no por ello dejaba de mostrarse huidizo. Y sintió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo con una mezcla de placer y de dolor, que continuó con el traqueteo del asiento en el compartimiento solitario. La visión de las piernas perfiladas a través del vestido empujado por un viento que no soplabá ahora no contribuyó a calmarlo; por el contrario, provocó en su ánimo una desazón que era una vez más esa sensación de desarraigo, de no pertenecer a ningún sitio, de no sentirse a gusto en ninguna parte, como si lo que realmente importara siempre estuviera ocurriendo en otro lugar; en un lugar distinto de donde él estaba, y a otra gente; y él, pensó el viajero, aunque ocupara un cierto espacio en el corazón de otras personas de vez en cuando creía recibir algún leve testimonio que le hacía suponer que así era-, se encontrara al fin fatalmente solo y desasido, con esa insatisfacción que se le agarraba a la boca del estómago producida por la certeza de eso sí estaba seguro- de que en los últimos tiempos su vida consistía en estar continuamente corriendo hacia algo o huyendo de algo. Tal vez, consideró mientras miraba al exterior, no haya otro modo de sobrevivir que aceptando una cierta dosis de ansiedad y frustración, sólo que a veces, casi gimió melancólico, es más de lo que uno cree poder llegar a soportar.

La luz llameante de agosto en la meseta hizo que volviera los ojos. A lo lejos, tres veleros de tamaño decreciente enfilaban hacia la raya del horizonte y el sol rielaba sus velas en el agua. El cielo correspondía a un día claro, casi blanquecino y, aunque se ofrecía en amplitud, el sol no estaba presente porque la parte superior izquierda estaba borrada por los rayos crepusculares que se colaban por la ventanilla del compartimiento sobre el cristal de la lámina marina que había debajo del portaequipajes, dañándole los ojos y haciendo que desviara de nuevo la mirada.

Sé que jamás me aburriré a tu lado, no necesitaré nada más, dijo ella riendo. No tenía mayor importancia, río era más que un cumplido, tina manera complaciente y cariñosa de responder a algo divertido que él había dicho: alguna de esas muestras de ingenio verbal, más bien escéptico y desengañado a las que era tan dado. Pero el tono cálido de la voz -trémula la escuchó en el recuerdo- y su mirada de brillo húmedo y promisorio, pero sobre todo 511 boca según se le acercaba para decírselo y lo atraía hacia ella, imantado, equivalían, en esa visión del pasado, a una declaración de amor capaz de resistir el paso del tiempo y sus mezquindades.

Recordaba lo que le prometió: No ocurrirá si estamos juntos. Y se regodeó en el sonido interior de las palabras, y cerró los ojos para convocar la imagen de ellos dos, que volvían de la playa para tomar un bocado en el barecito de aquel hotel con las paredes desconchadas y el lavabo junto a la cama. Y un vacío interior, una inoportuna sensación e hambre a deshora, le trajo el olor y el sabor de las sardinas que comieron.

Quizás entonces se sentía en paz, posiblemente aquéllos fueron momentos de sosiego y plenitud, porque recordaba lo sabroso y entrañable que les parecía todo: las manos chorreantes de grasa de las sardinas que devoraron con deleite, con ese apetito que se les abre a los que no viven habitualmente al aire libre: los desconchones de la habitación, a los que atribuían figuras imaginarias en los amaneceres que alargaban hasta el mediodía, tumbados en la cama: y el grifo, que nunca cerraba del todo y el hilo de agua había formado una mancha de óxido en la porcelana. El agua no se oía caer, porque lo que se escuchaba continuamente era el ronco bramido del mar rompiendo contra la costa, que llegaba hasta ellos ya aplacado, en sordina, y se colaba tamizado a través de la ventana. Y era un sonido agradable, envolvente, acogedor.

Ella estaba feliz y más bella que nunca, con sus ojos suaves y apacibles caderas con el pelo flameando apenas salían a cielo abierto, y todo su cuerpo que parecía flotar dentro del vestido. Se diría que, pensaba el viajero, estaba dispuesta a echar a volar impulsada por el viento que soplaba desde levante o desde poniente, todo el tiempo sin interrupción.

Por la ventanilla aparecían y desaparecían montes pelados con algún escuálido árbol en la lejanía, secarrales castigados por el sol y restos de tapias y campos cercados, igual que en una pantalla de cine. Tierras abrasadas y desoladas escombreras, semejantes al paisaje de una batalla feroz, que se fueron internando en el ánimo del viajero. Frente a él, en el portaequipajes, una única maleta se agitaba bamboleándose en la malla elástica, en un carrera frenética y sin sentido, como enloquecida por el estrépito de ruedas y raíles, llevada a un destino incierto y ajeno.

Pensó de nuevo en ella y otra vez se detuvo a contemplar sus cabellos y el vestido de la primera tarde en la playa... Y sus piernas. Y trató de recordar el exacto color de sus ojos y la precisa línea de su boca. Pero aunque lo intentó, no consiguió recordar las facciones de su cara.